

Hablando de Terrorismo

Ha entrevistado a unos 75 terroristas, ha sido Directora del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos y ha actuado como consultora para una película de suspenso nuclear, realizada en Hollywood e inspirada en su trabajo.

Jessica Stern habla sobre terrorismo con el Boletín del OIEA.

P: ¿Es realmente alarmante la amenaza del terrorismo nuclear, o sea, el peligro de las llamadas “bombas sucias” o incluso las “bombas de bolsillo” en manos de los terroristas?

El terrorismo nuclear sigue siendo una amenaza terrible. Hace ya tiempo que sabemos que los grupos terroristas están buscando armas de destrucción en masa. Los terroristas podrían emplear materiales nucleares y radioactivos de diversas maneras: podrían obtener un arma nuclear en un Estado nuclear; podrían conseguir los materiales fisionables necesarios y producir un arma ellos mismos, creando un artefacto nuclear improvisado; podrían asaltar una central nuclear; o podrían fabricar un artefacto de propagación de la radiación, lo que se conoce como bomba sucia. La primera posibilidad sería la más devastadora, pero es también la más improbable. Sería difícil robar una bomba teniendo en cuenta las extraordinarias medidas de seguridad que generalmente rodean los depósitos de armas nucleares. Y un Estado que proporcionara armas nucleares a los terroristas tendría que sopesar seriamente la probabilidad de que se descubriera el origen de la bomba, con las consiguientes represalias contra él que conllevaría. En este sentido, fue alarmante la revelación en 2001 de que grupos terroristas estaban llevando a cabo misiones de reconocimiento en los depósitos rusos de almacenamiento de armas nucleares; pero el personal de seguridad fue alertado enseguida de los intentos de los terroristas.

La segunda posibilidad — el riesgo de que los terroristas consigan materiales aprovechables para la fabricación de armas nucleares — debe considerarse con la mayor seriedad, sobre todo a la luz de las revelaciones sobre encuentros entre científicos nucleares pakistaníes y Al Qaeda, o sobre el intento clandestino de exportar tecnología nuclear dirigido por la red Khan. La propagación de materiales radioactivos por parte de los terroristas — ya sea asaltando una central nuclear o esparciendo esos

materiales mediante un artefacto de fabricación casera — es el escenario con más visos de realidad. Así pues, es importante no perder de vista esta amenaza. Las bombas sucias son mucho más alarmantes que letales.

El gobierno de Estados Unidos consideró la fabricación de armas radiológicas durante la Segunda Guerra Mundial, pero abandonó el proyecto por considerarlo inviable. En cambio, los agentes químicos se pueden almacenar durante mucho tiempo y su transporte es más fácil, por lo que son más atractivos para los terroristas que los artefactos de radiación, cuando lo que se pretende es ante todo causar muchas víctimas mortales.

Sin embargo, las armas radiactivas, por su impacto psicológico, pueden ser instrumentos eficaces para generar terror. Muchos estudios han puesto de manifiesto que la gente siente ante la radiación un temor desproporcionado con respecto al peligro que supone para la salud. Los medios de comunicación también tienden a destacar los incidentes terroristas, contribuyendo a que cundan aún más el temor y el pánico. Tenemos un miedo visceral al terrorismo y estamos dispuestos a intentar erradicar el riesgo por completo, sin que importen los costos. En cambio, cuando las actividades peligrosas se consideran voluntarias y habituales, hay tendencia a subestimar el peligro. Más de un centenar de ciudadanos estadounidenses muere diariamente, por término medio, en accidentes de tráfico. Pero la gente se expone a este riesgo porque es un acto voluntario, y los conductores creen tenerlo todo bajo control.

P: ¿Qué se puede hacer para reducir al mínimo el riesgo del terrorismo nuclear?

En primer lugar, es necesario asumir que se trata de un nuevo tipo de guerra. Nuestros enemigos apuntan deliberadamente a la población civil. Pero sus armas más importantes son la incertidumbre, el temor y el caos.

Nuestra respuesta más eficaz es, por lo tanto, mantener a la población informada para que entienda no sólo los riesgos que afrontamos, sino también la función que cumple el miedo.

Ahora bien, educar a la población no es más que un primer paso. Muchas medidas políticas pueden reducir la probabilidad y el efecto de estas amenazas. Hay que mejorar la seguridad de las centrales nucleares. Hay que poner a punto planes de evacuación y limpieza, y hay que preparar a los hospitales. Hay que instalar detectores de radiación en puertos y fronteras. Es preciso perfeccionar los sistemas de rastreo de isótopos radiactivos. Pese al índice relativamente bajo de heridos en ataques radiológicos, el impacto psicológico es muchísimo más devastador cuando el público cree que los gobiernos no están preparados.

Las armas no convencionales, empleadas en la guerra total, exigen una respuesta no convencional. Tienen que involucrarse nuevos organismos y organizaciones. Las

no estudiar las causas del terrorismo o el gran atractivo de la ideología terrorista. Esta falta de interés me sorprende por su notable cortedad de miras. Atajar la difusión del terrorismo exigirá un esfuerzo a escala mundial. Una parte de lo que hay que hacer es impedir el acceso de los terroristas a los materiales de destrucción en masa, continuando el esfuerzo mundial para poner a buen recaudo los materiales y conocimientos nucleares, sin olvidar la eliminación de las redes clandestinas de abastecimiento nuclear, como dije antes. Pero también es necesario estudiar cómo se difunden las ideologías terroristas, y por qué algunas poblaciones parecen especialmente sensibles a la idea de que un buen método para frenar el aparentemente imparable tren de la globalización y americanización sea el de ejercer la violencia contra la población civil.

El terrorismo es incuestionablemente malo, pero creo que tenemos que tratar de entender qué es lo que impulsa a los jóvenes y, cada vez más, las jóvenes, a convertirse en terroristas. No seremos capaces de detenerlo si nos queda-

El terrorismo es una forma de guerra psicológica que exige una respuesta psicológicamente informada. Nuestro reto más difícil es no reaccionar exageradamente — el mayor anhelo de los terroristas — y no rendirnos al miedo.

empresas desempeñarán un papel cada vez más importante. La industria de la alimentación tiene que cobrar conciencia de que en esta guerra el enemigo no irá vestido de soldado y quizá no lleve una pistola. En su lugar, el enemigo en esta guerra nueva podría ser una mujer embarazada de aspecto inocente, sin el menor parecido con la imagen que nos hacemos de un terrorista, o tal vez un operario de una planta de procesamiento de alimentos que pretende robar fuentes radiactivas o contaminar productos alimenticios, por ejemplo.

El terrorismo es una forma de guerra psicológica que exige una respuesta psicológicamente informada. Nuestro reto más difícil es no reaccionar exageradamente — el mayor anhelo de los terroristas — y no rendirnos al miedo. Tendremos que encontrar el punto de equilibrio justo entre libertades civiles y seguridad pública.

P: ¿Están haciendo los Estados lo suficiente para combatir las raíces y la extensión del terrorismo?

La respuesta es un ‘no’ rotundo. En mi país todavía se está debatiendo si, para reducir el peligro, es necesario o

mos sólo en la maldad del terrorismo y no nos molestamos en tratar de entender los resentimientos que lo causaron.

P: Usted trabajó en la Nuclear Threat Initiative (NTI) de Ted Turner, y con India y Pakistán para ayudar a estos países a mejorar la seguridad de las armas y los materiales nucleares, y en su último libro cita las vulnerabilidades de Rusia. ¿Cómo ayudó a estos países a mejorar su seguridad física nuclear?

Yo participaba en la formulación de un planteamiento para la NTI en sus comienzos. Y entonces la NTI nos encargó al Profesor Scott Sagan, de Stanford, y a mí, que investigáramos formas de ayudar a la India y a Pakistán a mejorar la seguridad de los materiales de armas nucleares, del mismo modo que lo habíamos hecho, y seguimos haciendo, con los antiguos Estados Soviéticos. Yo había participado en el trabajo de poner a buen recaudo los materiales nucleares de la antigua Unión Soviética. Y me pareció buena idea intentar hacerlo en Pakistán.

Yo fui a Pakistán y Scott a India. Los pakistaníes fueron muy afables; realmente necesitaban ayuda, especialmente en el tema de la fiabilidad del personal, es decir, asegurarse de que los guardianes de los materiales y las armas nucleares cumplen su misión, son dignos de confianza y no se van a enrolar de repente en grupos islamistas que podrían estar luchando contra el gobierno pakistaní o contra cualquier otro.

Tenemos que tratar de entender qué es lo que impulsa a los jóvenes y, cada vez más, a las jóvenes, a convertirse en terroristas.

Cuando se conoció el alcance de la red nuclear de A. Q. Khan, no pude evitar preguntarme si nuestros contactos en el sistema nuclear pakistaní habían tenido conocimiento de lo que el antiguo director del programa nuclear de Pakistán se traía entre manos, si estaban preocupados precisamente con lo que después trascendió — la existencia de científicos de tendencias islamistas convertidos en traficantes nucleares independientes.

P: ¿Nos puede hablar de su participación en la película *El Pacificador*?

¿Le sorprendió saber que su vida había inspirado una película?

Después de dos años de trabajo posdoctoral en el Laboratorio Nacional Lawrence Livermore estudiando el terrorismo y las armas de destrucción en masa, pasé a ser Directora del Consejo de Seguridad Nacional (CSN) para Asuntos Rusos, Ucranianos y Eurasiáticos. Dio la casualidad de que nadie en el CSN se estaba ocupando del aspecto de la seguridad física nuclear que a mí me interesaba — el posible robo de materiales o armas nucleares y la amenaza del terrorismo. Tuve la suerte de que algunos de los expertos más importantes del mundo en contrabando nuclear y terrorismo — el físico Frank von Hippel y el experto nuclear Matthew Bunn — estaban trabajando en aquel momento en el gobierno. Pero quizá porque se sabía tan poco de la importancia de estas amenazas o tal vez porque muchas de las cuestiones importantes eran muy técnicas, no se les estaba escuchando y sus conocimientos no se estaban aprovechando debidamente. Ellos me ayudaron muchísimo.

Un día la oficina de prensa del CSN me pidió que recibiera a una famosa periodista de *Vanity Fair* llamada Leslie Cockburn. Me avisaron de que Leslie era

una investigadora muy sutil, conocida por su habilidad para sonsacar información que pudiera poner en apuros a la Casa Blanca. Leslie había pasado un tiempo en Rusia y sabía que las condiciones de seguridad de los componentes de armas nucleares eran precarias. Le preocupaba la posibilidad de que las armas nucleares o sus componentes pudieran ser robados y utilizados por los terroristas. Pensaba que la situación era peligrosa y quería saber qué estaba haciendo la Casa Blanca para proteger a la población estadounidense.

Explicué a Leslie que yo estaba tan preocupada como ella y que muchas personas de todo el gobierno se reunían periódicamente para intentar solucionar el problema. Le conté que el gobierno de Estados Unidos había llevado a cabo la misión de transportar por vía aérea una gran carga de material de armas nucleares procedente de Kazajstán. Había material suficiente para fabricar docenas de bombas, y el gobierno de Kazajstán temía que pudieran robarlo. Le dije que estaba dirigiendo un grupo interinstitucional, llamado Grupo de Contrabando Nuclear, que se reunía periódicamente para debatir sobre los incidentes de robos nucleares y elaborar políticas nacionales. Leslie escuchaba y tomaba notas. Parecía impresionada de que hubiera tanta gente en distintas áreas del gobierno que se tomaba el problema en serio. Al acabar la entrevista, yo volví al trabajo. Estaba demasiado ocupada para pensar más en todo ello.

Varios meses después me llamaron de DreamWorks, la empresa de entretenimiento fundada por Steven Spielberg y dos colegas. Sin decírmelo, Cockburn y su marido habían escrito una película basada en mis experiencias y habían convencido a DreamWorks para realizarla. En la película, Nicole Kidman y George Clooney, los dos protagonistas, buscan armas nucleares por todo el mundo. Yo participé como consultora. La película me pareció una especie de artículo editorial con la intención de avisar al mundo de los peligros del terrorismo nuclear y la necesidad de actuar para evitar la amenaza. Pero antes del 11 de septiembre poca gente tomaba el terrorismo en serio, y la película no tuvo el éxito que indudablemente habría tenido si se hubiera estrenado después de los ataques.

*Jessica Stern es experta estadounidense en terrorismo y autora de *Terror in the Name of God: Why Religious Militants Kill* (2006), una obra en la que expone su análisis de cinco años de entrevistas a más de 75 miembros de grupos extremistas. Es catedrática de política pública en la Universidad de Harvard, ha sido Directora de Asuntos Rusos, Ucranianos y Euroasiáticos en el Centro de Seguridad Nacional y fue miembro del Consejo de Relaciones Exteriores para el tema del 'superterrorismo'.*

La autora define el terrorismo como “un acto o una amenaza de violencia contra personas no combatientes, con objeto de lograr venganza o intimidación, o de influir de algún modo en un público determinado.”